

VIII.

GRADO DE GENERAL DE BRIGADA.

BATALLA DE JALATLACO.



ERROTADO Miramón en Calpulálpam, EL JOVEN MACABEO, como le llamaban los clericales, abandonó el país, huyendo al extranjero.

Márquez, Cobos, Vélez, Vicario, Buitrón, Olvera y otros jefes conservadores, prosiguieron la guerra, logrando apoderarse de Jalpan y derrotar á Escobedo en Río Verde.

El Gobierno destacó en su persecución algunas fuerzas al mando de Doblado, que si bien es verdad, recobró á Jalpan, sufrió, en cambio, los reveses del Cerro del Huisache y Huamazontla.

El General Zuloaga, invocando el famoso plan de Tacubaya, se unió con los rebeldes, y la revolución volvió á tomar un serio aspecto.

El honorable D. Melchor Ocampo, que vivía retirado en su hacienda de Pomoca, fué aprehendido por Lindoro Cajiga, y fusilado el 3 de Junio de 1861, por orden de Zuloaga y de Márquez.

El Ministro de Relaciones comunicó á la Cámara de Diputados la noticia del crimen, y entonces el insigne Degollado se presenta en el salón del Congreso, pide autorización para marchar contra los asesinos de aquel ilustre ciudadano, y obtenida, parte á vengar la muerte del patricio.

Lleva consigo un batallón, el de rifleros; pero el día 16 del mismo mes de Junio, es atacado por Buitrón en el Llano de Salazar, cae en una emboscada y muere trucidado.

Otro jefe patriota y esforzado, el joven General D. Leandro Valle, sale también á perseguir á los malditos asesinos, y cuatro días

después, derrotado por Márquez en el Monte de las Cruces, queda prisionero.

Zuloaga ordena que se le fusile, y el sanguinario Márquez le fusila, y cuelga su cadáver en un árbol del camino.

Entretanto, el Congreso Constitucional, del que formaba parte el Coronel Díaz, discutía en sus sesiones un dictamen sobre reorganización de la Suprema Corte de Justicia.

«En la tarde del 24 de Junio, dice el Sr. Quevedo y Zubieta, la elocuencia parlamentaria estaba en toda su fuerza. . . . De repente, comienza á circular entre los Diputados, produciendo sensación, la noticia de que la ciudad ha sido atacada y que sus defensores se batían por el rumbo de San Cosme. . . .

«EL CUARTEL, *tercer poder* de Palacio, se agita. . . . Se oye el ruido de las piezas de artillería al sacarlas del patio del palacio á la plaza.

«Hay quienes piensen en cerrar el Congreso como un templo desierto. . . . Uno de los Secretarios anuncia que los miembros del Congreso pertenecientes á la clase militar, se han separado para tomar las armas, descompletando el *QUORUM*, y que en tal virtud, el Presidente previene que la sesión se levante. . . . Un elocuente (Juan A. Mateos) añade: Es impropia una deliberación en los momentos en que la capital es atacada, en que el General Valle está colgado en el camino de Toluca, y en que los representantes del pueblo pudieran estarlo dentro de poco en los faroles de la plaza, con la Constitución al cuello. . . . Se oyen protestas, frases heroicas de *QUIRITES*: Esperaremos aquí, inmóviles, en nuestras curules, como los senadores romanos. Debemos morir en nuestros puestos, aunque tengamos que envolvernos la cabeza, como César, para recibir la muerte.»

Lo que pasaba, era que una columna reaccionaria, la del Monte de las Cruces, mandada por Zuloaga, Márquez y otros jefes conservadores, desfilaba hacia el Noroeste de la ciudad, y una de sus avanzadas se aventuraba por la Ribera de San Cosme.

El Diputado, Coronel Porfirio Díaz, que ocupaba su asiento en la Cámara, se dirigió al Presidente de ésta, diciendo: ANTE TODO SOY SOLDADO Y DESEO QUE SE ME PERMITA SALIR.

El Presidente de la Cámara le otorgó el permiso, y salió acompañado por dos de sus amigos oaxaqueños.

«Entonces pedí la palabra y manifesté que, siendo militar, se me permitiera unirme á mis camaradas para combatir. Se me concedió este permiso, lo mismo que al Mayor de artillería D. José Antonio Gamboa, que también era Diputado.

«Nos dirigimos á San Fernando, en donde se encontraba una brigada de Oaxaca, á las órdenes del General D. Ignacio Mejía, que había salido al encuentro de la columna invasora. El General Mejía celebró nuestra llegada, pues carecía de jefes subalternos; el Teniente Coronel D. Alejandro Espinosa, acababa de caer herido, tras de haber puesto en fuga á varios escuadrones. Se me dió el mando de su fuerza, y con ella seguí la persecución hasta la garita de la Tlaxpana.

«Según se supo después, Márquez no tuvo intención de atacar formalmente la ciudad, sino que sólo se propuso hacer un simulacro de ataque, con objeto de que no saliera fuerza de ella á molestar al grueso de su División, en marcha hacia el Sur.

«El 25 de Junio de 1861, recibí orden del Ministerio de Guerra para encargarme del mando de la brigada de Oaxaca, pues el General Mejía, que era su jefe, se hallaba enfermo. Con dicha brigada me puse á disposición del General D. Jesús González Ortega, que salía con su División á perseguir á Márquez por el rumbo Sur. Formé con mi tropa parte de esa División y entré en campaña.

«Estando en Toluca, tuvo noticia el General González Ortega, de que el enemigo pasaba por la plaza de Santiago Tianguistenco, en dirección á la montaña.

«Me ordenó que con mi fuerza disponible, que en aquellos momentos se componía de 233 soldados, me incorporara á la caballería del General D. Antonio Carbajal, á cuya disposición debía ponerme, con el fin de que ambas fuerzas reunidas estorbaran la marcha de Márquez, mientras le alcanzaba la División; y con ese objeto partimos de Toluca á las tres de la tarde del día 12 de Agosto de 1861.

«Al entrar la noche, llegamos á la hacienda de Atenco, y batimos en ella un destacamento de 200 caballos de la tropa de Márquez, la cual se retiró después de ligera resistencia. Entramos á Tianguistenco, sin novedad, y allí supimos que el enemigo pernoctaba en Jalatlaco, y que había dejado á su retaguardia, en observación sobre nosotros, más de 500 hombres de caballería. El General Carbajal, que era muy conocedor del terreno, dispuso que marcháramos por una vereda que, aunque daba algunos rodeos, nos permitiría pasar á más de una legua de ese puesto de observación y llegar hasta el grueso del enemigo, sin que pudiera preceder aviso.

«Como yo no conocía el terreno, marché por varias horas á retaguardia de la caballería de la columna; y cuando ésta se detuvo, avancé en busca del General Carbajal, quien me llevó á la cabeza de la tropa, que estaba en hilera por lo estrecho de la vereda, y desde

una pequeña eminencia, á tiro de fusil de la plaza, me enseñó los puntos que ocupaban las tropas contrarias en el citado pueblo de Jalatlaco, y que se marcaban en la obscuridad por los fuegos que servían para condimentar su rancho, y me ordenó que bajara á tirotearlas, mientras llegaba la División.

«Mandé al Teniente D. Crisóforo Canseco, con veintitantos hombres, á hostilizar un puesto avanzado que, según informes que había recibido el General Carbajal, tenía el enemigo en una ermita cerca de la iglesia de Jalatlaco; y con el resto de la fuerza, me dirigí á la parroquia por el rumbo opuesto. Al ponerme á la cabeza de mis soldados, que marchaban á la desfilada en una retorcida vereda, en medio de las tinieblas de la noche, no podía ver lo que pasaba á retaguardia. Así es que no me di cuenta de que el General Carbajal, cuando apenas habían pasado unos veinte individuos de tropa tras de mí, cortó las hileras, ordenando á las de atrás que hicieran alto; lo cual fué advertido por el Capitán Barriguete, que cubría la extrema retaguardia y que se adelantó, y después de cambiar palabras con aquel General, consiguió proseguir el avance con el resto de la fuerza; mas á virtud de la obscuridad que reinaba, extravió el derrotero y no pudo incorporármeme luego; pero sí lo hizo al oír los disparos que yo mandé efectuar por el Oriente de la plaza del pueblo, que le sirvieron de indicación, así como el sonido especial de mi corneta de órdenes, que distinguió de las enemigas, que daban el toque de LEVANTE, cuando la que yo llevaba tocaba FUEGO. Para unírseme el citado Capitán, hubo de atreverse por el lado Sur de la misma plaza, batiéndose hasta incorporármeme.

«Cuando comenzó mi fuego, la infantería enemiga, que por sus fogatas me sirvió de objetivo desde mi marcha inicial, estaba en el templo y en el atrio del pueblo, que es tan grande como una plaza de armas; y la caballería estaba situada en otros cuarteles, que dicha plaza circundaban. Sufría yo por la retaguardia los tiros de los soldados de caballería, y esto me obligaba á distraer muchos hombres para defender la espalda, impidiéndome emprender una operación más seria, que me vino á la mente efectuar contra el templo y el atrio, pues aunque las instrucciones recibidas eran llamar la atención del contrario, estorbándole la retirada que hacía de la División á que pertenecíamos, no era de desaprovecharse un ataque por sorpresa, y de allí vino mi pensamiento de sacar todas las ventajas que las circunstancias me ofrecían en aquellos instantes.

«En tal virtud, resuelto ya á lanzarme sobre el núcleo principal

del enemigo, por más que fuese muy superior en número, mandé suplicar al General Carbajal, que se sirviera avanzar con su fuerza, para cubrir mi retaguardia; pero me contestó que no podía hacer uso de su caballería para el efecto.

«Como quiera que hubiese sido, y sin esperar la respuesta, por todas partes habíamos atacado. Hubo un momento en que diez ó doce de mis soldados, con el capitán José María Omaña á la cabeza, penetraron en el atrio, por el Sur, suponiendo que yo lo había verificado ya por el extremo contrario; pues según su decir, mis voces, que daba en el arco de entrada, las oía como si estuviera yo en el interior. Efectivamente, llegué á dicho arco y tuve que rehacerme para reunir toda mi fuerza y volver á la carga.

«Prisionero Omaña, es mandado fusilar por Márquez mismo; pero el oficial que nombró, temeroso del resultado de la acción, y para congraciarse con el enemigo, que en el aturdimiento causado por la sorpresa, supuso que sería numeroso y vencería, escondió al capitán, y no sólo no cumplió la orden de muerte contra él, sino que ambos, con la propia escolta que debía hacer la ejecución, entre el desorden del momento, y protegidos por la sombra, se deslizaron saliendo del cuadro de defensa. Por calles extraviadas corrieron al camino por donde venía el General González Ortega con la División, hasta llegar á encontrarle, noticiándole que habíamos sido rechazados, Omaña por un lado del atrio y mi columna por el otro, y que probablemente yo había sido fusilado, como se había mandado que él lo fuese. Omaña había oído mi voz por dentro del atrio, según he dicho, y después el estruendo de tiros, que suponía eran los de los soldados que me habían fusilado; y vió que, calmados los fuegos, permanecía el enemigo en sus posiciones, todo lo cual daba verosimilitud á la suposición de nuestra derrota y mi fusilamiento. Con esta noticia, el General González Ortega dispuso que toda la columna hiciera alto á la vista del pueblo y esperara á que amaneciera, y situó una batería, que hizo fuego sobre los combatientes; pero como los artilleros no tenían más guía que los fuegos de fusil, y lo mismo batían á los enemigos que á nosotros, mandé al subteniente José María Martínez, que suplicara al General en jefe, suspendiera los fuegos de su artillería, que nos hacían más daño á nosotros que al enemigo, y á pedirle municiones, por haberse casi agotado las mías.

«En esos momentos, y antes de recibir las municiones pedidas, sorprendí un grupo de oficiales que huían, separándose de las posiciones del enemigo; y examinándoles rápida y separadamente, averi-

gué por ellos que Márquez salía en esos instantes en columna, rumbo á la montaña, evitándome y evadiendo las posiciones que ocupaba el General González Ortega. Como el tiempo era precioso, y no debía perderse un solo instante, á pesar de mi escasez de municiones, hice un ataque decisivo, con el propósito de cortar la columna, lo cual conseguí, y logré que regresaran hacia el atrio, defendiéndose, 700 infantes con toda la artillería y bagajes. Reducido por este medio el número de enemigos con quienes tenía que combatir, pude vencer fácilmente, y cuando ya tuve á todos aquellos hombres rendidos y desarmados, pecho á tierra en el atrio, y amarrados los jefes y oficiales, que en total eran 18, salí personalmente á dar parte al General en jefe.

«La División, á corta distancia, estaba toda en descanso: la tropa de infantería, sentada, con el fusil entre las rodillas, y muchos jefes y oficiales acostados bajo sus capas de hule, porque toda la noche había llovido y aún no había cesado del todo la lluvia en esos momentos. Los primeros oficiales á quienes hablé, me condujeron hasta donde estaba el cuartel maestro, que era el General D. Santiago Tapia, y éste me llevó á presencia del General en jefe, quien no creyendo que todo estaba concluido, me indicaba que esperásemos á que amaneciera, porque no convenía emprender nada por lo pronto. Le manifesté que, en verdad, la derrota se había consumado, que yo era dueño de siete cañones, de todo el bagaje y de muchos prisioneros, que creí llegarían á 800; pero que al contarlos, resultaron setecientos y tantos. El General en jefe montó al fin en su caballo y se puso en mi seguimiento; mas para que pudiera distinguirme, dada la negrura de la noche, tuve que ponerme un pañuelo blanco sobre la espalda. Llegamos al lugar del combate, y sin embargo de que el General en jefe se persuadió de nuestra victoria, no juzgó conveniente ordenar la persecución del enemigo, como yo se lo indicaba, porque, me dijo, la caballería no conocía los caminos y no tenía guías á su disposición.

«Momentos antes de salir para dar parte al General en jefe, y cuando me ocupaba de poner pecho á tierra á todos los prisioneros, el General Carbajal, que por estar más cerca que el resto de la División, había comprendido que yo ocupaba las posiciones enemigas, avanzó hasta donde tenía yo á los oficiales del enemigo maniatados, y pretendía matarlos él mismo con su pistola, comenzando por el Teniente Coronel Azcoitia. Al oír la disputa que emprendió Carbajal con el capitán Barriguete, que cuidaba de los prisioneros y sin ocuparme de los miramientos que merecía, porque el caso era muy ur-

gente y de resultados comprometedores, si el mal no se evitaba, le quité de la mano la pistola y le obligué á salir del atrio.

«Después no rendí el parte del hecho de armas al General Carbajal, que era mi jefe inmediato, sino al General en jefe, tanto porque estaba ya presente, cuanto por el desagrado que acababa de tener con aquel jefe al impedirle que asesinara á los prisioneros.

«Al día siguiente, estando en Tianguistenco, me ordenó el General en jefe, que reuniera en mi alojamiento á todos los oficiales que estaban á mis órdenes, para felicitarlos por su comportamiento en esa batalla. Así lo hice, y estuvo muy expresiva la felicitación que nos hizo el General González Ortega.*

* 1861. Agosto 22.—Parte del General Jesús González Ortega.

Jornada de Jalatlaco, el 14 de Agosto de este año.—Mención honorífica á favor del Coronel Porfirio Díaz, por su arrojo en dicha acción y por lo cual se le da el grado de General de Brigada.

El cúmulo de quehaceres que me han rodeado después de mi llegada á esta Capital, relativos al servicio militar, no me habían permitido dar á Ud., para conocimiento del ciudadano Presidente de la República, el parte pormenorizado de la jornada de Jalatlaco.

Después de mi expedición por San Felipe del Obraje é Ixtlahuaca, y de la que dí á Ud. el parte correspondiente, regresé á Toluca con la primera División del Cuerpo de Ejército, que Ud. puso á mis órdenes, verificándolo al mismo tiempo el Sr. General Arteaga con la segunda División, que se hallaba en Tenango, punto opuesto al del que yo regresaba.

El día 11 del corriente, emprendió su marcha para Querétaro el citado Sr. General Arteaga, con la División de su mando, tanto para perseguir á las fuerzas de Taboada y demás gavillas reaccionarias que ocupaban á San Juan del Río y otras poblaciones inmediatas á aquélla, como y principalmente, para proporcionarse recursos que faltaron á todas las fuerzas en los últimos días de la campaña, por no haber medios de transporte en esta Capital, y salvar á su Estado de un golpe de mano, que le preparaban las fuerzas reaccionarias de Mejía.

El día 13 por la mañana recibí, por conducto del Sr. Lic. Manuel Alas, Gobernador del Estado de México, á quien debí importantes servicios, la noticia de que la vanguardia de Márquez y Zuloaga estaba entrando á Tenancingo.

Esperé que se rectificara esta noticia para disponer lo conveniente.

A la una y media de la tarde del mismo día, el señor Comandante Militar de Tenango, se replegaba á Toluca con sus pequeñas fuerzas.

Inmediatamente dispuse, que con la segunda Brigada de caballería, marchara para Tenango el Sr. General D. Antonio Carbajal, como se verificó, moviéndome yo, acto continuo, con el resto de la División para Tianguistenco, por cuyo punto creí que debía pasar el enemigo, en la noche de ese día ó en la mañana del siguiente, y me proponía obligarlo á aceptar un combate.

«Con motivo de la victoria de Jalatlaco, fui agraciado por el Gobierno con el grado de General de Brigada.» (Memorias).

El Sr. Quevedo y Zubieta, que, probablemente con justificación, atribuye una considerable influencia sobre la táctica del General Díaz, al ejemplo é historia del gran cura Morelos, del que Porfirio fué gran admirador en su juventud, é imitador después en muchos de los actos militares de su vida, describe así el brillante asalto del atrio de Jalatlaco:

«Luego, á la vanguardia de González Ortega, sigue en persecución de Márquez.

«Ir con una pequeña fuerza en pos del sombrío guerrillero que se declaraba, en nombre de la religión, *destinado á sacrificar á los jóvenes liberales de talento y de valor*, era visto entonces como caminar al suicidio. . . . El 13 de Agosto, con su avanzada de 230 oaxaqueños, y una reserva de zacatecanos, lo asaltó en Jalatlaco, según la táctica del padre Morelos. . . .

Sobre la marcha encargué la artillería y las dos brigadas de infantería, al pundonoroso, entendido y valiente General D. Santiago Tapia, y personalmente me puse al frente de la primera Brigada de caballería, que mandaba el instruido y valiente Coronel D. Antonio Álvarez, adelantándome con ella hacia Tianguistenco.

Tres leguas antes de llegar á aquella población, supe, por algunos transeuntes, que estaba ocupada por fuerzas reaccionarias.

Inmediatamente, y al galope de los caballos, me dirigí, protegido por la obscuridad de la noche, para la citada población, con el objeto de sorprender en ella á los reaccionarios. Al llegar á la hacienda de Atenco, distante una legua de la hacienda de Tianguistenco, el enemigo, protegido por un puente, por las casas de una hacienda, por el terreno fangoso é intransitable que circumbala á ésta, rompió sus fuegos sobre una descubierta de cincuenta caballos del primer escuadrón de Zacatecas, que coloqué al frente de la columna, á una distancia de cincuenta pasos de ésta.

Los fuegos fueron contestados: mandé entonces, que la descubierta no hiciera alto, y marché al mismo tiempo con la columna.

Siete minutos después, los reaccionarios abandonaban el puente y las casas de la hacienda y se replegaban corriendo á Tianguistenco, en cuyo punto hicieron otra ligerísima resistencia, huyendo poco después.

Cuando llegué á aquella población, y me impuse de que el enemigo que iba corriendo era de los reaccionarios que se hallaban en la Sierra de las Cruces, y de que sólo se componía de ochenta á cien hombres, que se colocaron, sin duda, en el puente de Atenco, para impedir el paso por él, mandé para que los persiguieran y dispersaran, cincuenta caballos del primer escuadrón de Zacatecas y ciento del de carabineros de Puebla, quienes llegaron hasta el pue-

«Contra la ventaja del número, el impresionismo súbito del ataque. Llega en la noche, sin anunciarse, hasta el atrio del pueblo, en que la numerosa tropa reaccionaria duerme, con la confianza de que la columna de González Ortega —única capaz de atacarla,— está lejos. Se oye una descarga, gritos de confusión y de huida. . . . Un jinete, desprendido de la fuerza agresora, salta entre los pelotones de Márquez. . . . Era Porfirio, cuyo caballo, espantado, se echaba sobre el enemigo, coceando. . . . El histórico SAN PEDRO de Leandro Valle, fué un caballo malhadado que perdió á su amo. El caballo espantado de Jalatlaco, llevaba al Oaxaqueño y su extraña fortuna. El espanto del bruto se comunicó á Márquez y su cúmulo de Generales, que huyeron tras de complicada refriega en las calles del pueblo, dejando un regular botín y muchos prisioneros.

blo de Jalatlaco, donde hicieron un prisionero que me presentaron en Tianguistenco, y éste me informó, que en aquel pueblo se encontraba el grueso del enemigo, mandado por Márquez, Zuloaga, Negrete y demás cabecillas reaccionarios, quienes desde á las siete de la noche, tenían ocupados todos los reductos naturales de dicho pueblo.

Esto pasaba á las nueve de la noche.

Dispuse entonces que el señor General Carbajal, con cuatro compañías de la segunda Brigada de caballería, una pieza, y la primera Brigada de infantería, compuesta de las fuerzas de Oaxaca, tomase la vanguardia; que siguiera luego la artillería y en seguida el resto de la caballería.

Organizada así la columna, emprendí la marcha para Jalatlaco, adonde llegué á las once y media de la noche. Nuestra vanguardia rompió sus fuegos, que contestó el enemigo, quien abandonó los puestos avanzados que ocupaba, reconcentrándose al cementerio y parroquia de Jalatlaco.

Hice avanzar inmediatamente otras dos compañías de los batallones Sánchez Román y primero de Zacatecas, para que protegieran á las fuerzas de Oaxaca, que se batían heroica y bizarramente, y dejando las reservas, en un punto que juzgué á propósito, al señor General Tapia, por la confianza que me inspiraron los conocimientos militares de este jefe, marché con la segunda Brigada de infantería, compuesta de las fuerzas de Zacatecas, las que coloqué á una y media cuadra de distancia de los puntos donde se sostenía el enemigo: nombré jefe de la línea más inmediata á éste, al intrépido General Carbajal, á quien le previne que solamente sostuviera los fuegos, que circunvalara los puntos que defendían los reaccionarios, procurando conservar de nuestro parque, una parada por plaza, para dar el asalto y decidir la batalla á las primeras horas del día, pues temí que se batieran mis fuerzas unas contra otras, por no conocer el terreno, por los barrancos de éste y por la obscuridad de la noche, porque la luna se ocultó y no había más claridad que la que producía el fuego de fusilería y el de las piezas de montaña que se hallaban jugando.